

¿Dónde está tu Dios?

LUIS OVANDO HERNÁNDEZ

Una situación que interpela nuestra fe

A más de un mes de los trágicos acontecimientos de diciembre de 1999 que irrumpieron en nuestra cotidianidad arrastrando entre sus lodos nuestras fiestas, sepultando en sus barros los resultados refrendarios y amalgamando en un solo esfuerzo todo el trabajo de hacer frente a una emergencia y sus consiguientes necesidades; queremos hacer una reflexión de lo sucedido, en tono sereno y espiritual, desde el dolor vivido y compartido en las estructuras del Colegio Jesús Obrero de Catia, por casi dos semanas, con los damnificados que tocaron a nuestras puertas.

Las fuertes lluvias no sólo arrasaron con barrios enteros y personas, con casas y enseres, sino que se llevaron consigo nuestra imagen de Dios. Muchos fueron los testimonios de damnificados y voluntarios que, ante lo inesperado y la magnitud del desastre, se plantearon una pregunta que se hacía eco de la propia incredulidad: ¿dónde está Dios? La respuesta dependía del "terreno" donde cayó la semilla. Creemos que todo aporte que vaya en la línea de responder a tal interrogante, dará el fruto deseado si miramos estos sucesos desde la óptica del Dios crucificado y solidario con los que sufren.

Toda situación que desborda nuestra comprensión pareciera exigir casi instantáneamente una explicación razonable, corriendo el peligro de caer en superficialidades, en poner las causas de la misma fuera de nuestra historia concreta o simplemente contentarnos con lugares comunes: "Dios ha querido esta

catástrofe, porque nos hemos olvidado de él. Si no pasan estas cosas, no nos acordamos de rezar".

Reflexionar sobre la "ausencia" de Dios debe tomar en cuenta, de igual manera, el rol que jugó la Iglesia en estos acontecimientos: la acción divina pasa por las manos de los hombres y mujeres de buena voluntad (la gente, en cuanto se entera que eres un "representante" de Dios, suele pedirte pistas que le ayuden a entender lo sucedido).

El escenario eclesial

Para describir el papel desempeñado por la Iglesia en el período de emergencia, tenemos que dejar claras al menos tres cosas:

1) Hasta el día 15-d, la Iglesia católica entera, al igual que el resto del país, se encontraba políticamente dividida: la opción a tomar en el referéndum puso a todos los miembros del Pueblo de Dios en dos bandos. Se trató de una división "pacífica" dentro de la vida eclesial. Es en este proceso en donde se inscriben las polémicas entre el presidente Hugo Chávez y algunos miembros del episcopado. En tonos sutiles o descarados, conscientemente o menos, el presidente Chávez mostró al país las "contradicciones internas" presentes en la Iglesia. Afirmar que "algunos curas llevan el diablo bajo la sotana", sirvió para callar a quienes, según el Presidente Chávez, podían ir en contra del proceso. El momento político que se vivió se radicalizó dada la importancia de lo que estaba en juego. El resultado ha sido la

imagen de una Iglesia como "partido de oposición", preocupada de sus propios intereses.

2) Estamos en presencia de un fenómeno peculiar en la vida de la Iglesia venezolana: los medios de comunicación social (MCS) han identificado a "la Iglesia" con algunos obispos. Si bien es cierto que los obispos la constituyen como pastores, es igualmente cierto que la Iglesia es una realidad mucho más compleja (el Concilio Vaticano II la ha definido, entre otras muchas, como "Iglesia, Pueblo de Dios"). El resultado ha sido un empobrecimiento a nivel eclesiológico, volviendo a la vieja idea de que la Iglesia "es cosa de curas y monjas". Pareciera que estamos en presencia de un proceso involutivo, en donde se corre el riesgo de perder el propio norte.

3) Hay que destacar el papel que han jugado algunos MCS en toda esta situación. Diera la impresión que estos MCS están interesados en apoyar una línea que, en principio, merma la credibilidad y la acción llevada hasta ahora por el Pueblo de Dios: se piense en el modo cómo se cubrieron las declaraciones de Mons. Baltazar Porras y el uso de las Escrituras por parte del presidente Chávez; o la polémica sobre el aborto y la Carta Magna por aprobar; o cómo fue tratado el argumento sobre el presupuesto a la educación privada; o la manera en que se refirieron a la homilía de Mons. Velasco como "la ira de Dios". Paralelamente, llama fuertemente la atención la poca cobertura que se diera a la arquidiócesis de Caracas y el esfuerzo por hacer frente a la emergencia.

Poco se comentó sobre el "abran los templos" del mismo Mons. Velasco. Es escasa la información sobre cómo los colegios católicos, los templos y las casas religiosas sirvieron como centros de acopio y refugio para los damnificados. Es prácticamente nula la información sobre el trabajo de los voluntarios católicos ante el desastre causado por las lluvias. A la imagen de un presidente Chávez "exorcista", se debe agregar la sensibilidad y el respeto que el mismo Presidente ha demostrado hacia la institución eclesiástica (un ejemplo por todos: la bella esquela que publicó en los periódicos a raíz de la muerte de Mons. Roa Pérez).

Responder a la pregunta por la presencia de Dios se hace mucho más difícil cuando constatamos que estamos en presencia no sólo de una "cuestión teológica", sino también de una "cuestión política".

Iglesia, ¿qué dices de ti misma?

La Iglesia, Pueblo de Dios, se encuentra en un momento privilegiado de su peregrinar por estas tierras, que le puede servir para ahondar en su fe en Dios Padre.

En el discurso de apertura de la 73ª asamblea ordinaria de la CEV, Mons. Baltazar Porras, nos invita a hacer "una purificación de la memoria" valiente y humilde a la vez: "Desde esta perspectiva reconocemos y aceptamos que se critiquen las actuaciones de los que somos responsables de la Iglesia".

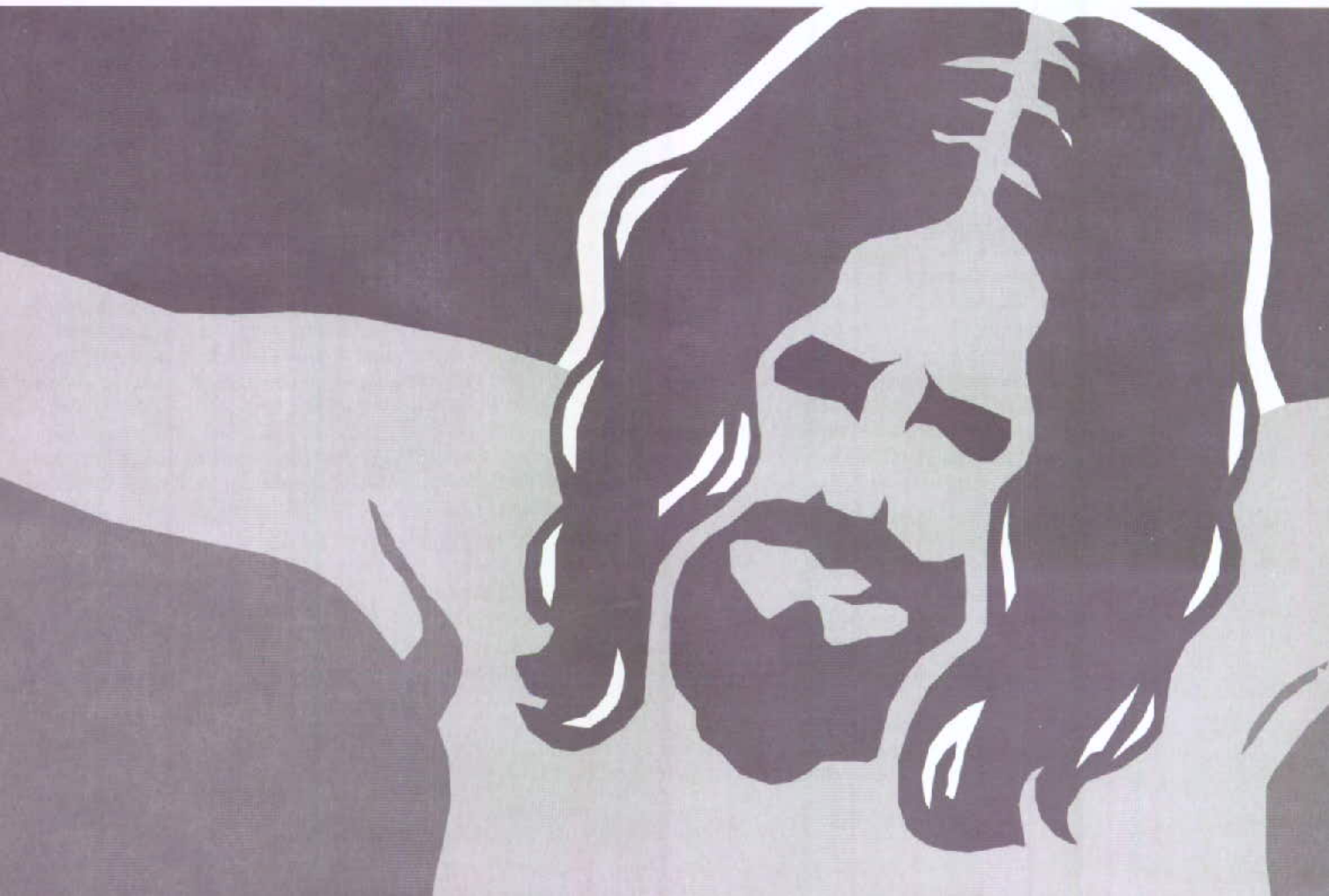
Después de un recorrido por la historia republicana venezolana, y el papel que jugó la Iglesia dentro de la misma, una conclusión que podemos traer del documento es que los momentos de mayor esplendor para la Iglesia coincidieron con una mayor entrega "a los pobres, a los caídos, a los abandonados a la suerte (...) La presencia evangelizadora en la escuela, en la educación, en las zonas fronterizas indígenas y en general en la vida pública, se abrió paso, en clima de pugnacidad e intolerancia, gracias a la tenacidad y constancia de una vocación de servicio que sólo dan el sacrificio, la entrega, la alegría de compartir con el prójimo necesitado".

Pensando en nuestro futuro más inmediato, debería operarse en la Iglesia una reacción interna contraria al ambiente en que se ha movido (¿o la han introducido?). Con palabras de Mons. Porras,

se trata de que la Iglesia "renueve su compromiso". El momento que está atravesando el país, es un momento privilegiado para que la Iglesia se refuerce como tal: que sea capaz, sin perder el horizonte histórico en el que se encuentra sumergida, de trascender lo fáctico y que se presente como Palabra de Dios, como Buena Noticia para un pueblo que se encuentra abatido por la situación. Una memoria purificada es capaz de reconocer el papel protagónico de la Iglesia en su cotidianidad:

- Debería quedar claro para todo el Pueblo de Dios que la atención a los damnificados no es sencillamente una cuestión de "deber", sino que se trata de una disposición interior; sólo así seremos capaces de evitar el "profesionalismo" que nos lleva a hacer todas las cosas incluso con cariño y eficiencia, pero sin que tales situaciones toquen lo más profundo de la propia vida: "Gracias a Dios que estas tragedias se dieron durante las vacaciones"

- La Iglesia católica está llamada a demostrar a todos que es capaz de organizarse para hacerle frente a esta situación, desde su propia identidad. Ser "maestra en humanidad" significa para



el Pueblo de Dios hoy, que todo plan o acción pastoral redunden en beneficio de los damnificados y de todos los involucrados porque así lo quiere Dios.

- La Iglesia está invitada a recuperar su papel de actor dialogante en la actual situación en la que nos encontramos. En tal sentido, el Pueblo de Dios debe hacer de puente, lugar de encuentro de todo el mundo.

- El momento es oportuno para que la Iglesia esté presente en la recepción de los damnificados, independientemente de los lugares de reubicación. La Iglesia, Pueblo de Dios, puede atender el grito de los necesitados porque cuenta con estructuras en todo el país, está presente en todas partes. Ante un proceso que se dibuja como largo y complejo, la Iglesia católica se podría declarar en misión permanente. La gente necesitará ser acompañada en esta experiencia. Es urgente, pues, una pastoral del "uno a uno". Estamos hablando de un caminar largo y delicado, propio de nuestro ministerio y vocación: tenemos que llevar palabras de aliento y de sentido en nuestras visitas, tanto a nivel personal como grupal. El llamado de Dios es a que reconstruyamos a las personas (la "dignificación" del damnificado es un proceso mucho más complejo que el mero "cambio de status lingüístico" al que nos tiene acostumbrados el presidente Chávez).

Lo operativo y lo cotidiano

El que los venezolanos seamos "expertos en operativos" no es un secreto para nadie, e incluso se nos admira por ello. El que hayamos dado de comer, atendido médicamente y ofrecido techo y cobija a 200 personas, el día 16 de diciembre, en el Colegio Jesús Obrero, en un lapso de cuatro horas, no hace sino poner de manifiesto nuestra generosidad y eficiencia innatas y nuestra caridad durante las emergencias. De vuelta a nuestra cotidianidad "otro gallo canta".

Un fruto positivo de estas experiencias vividas es el refuerzo de lo organizativo en lo cotidiano, para no vivir simplemente de operativos. Es bien sabida la riqueza que supone para todo cuerpo social, si las emergencias se inscriben dentro del proceso mismo que dicho cuerpo está llevando adelante. El problema de los operativos es que tienden a aislarnos del torrente social, empobre-

ciendo a su vez la organización. Cuando una sociedad, o sectores dentro de ésta, está organizada, las emergencias no hacen sino intensificar aún más dicha organización. Es lo contrario del operativo. "Cuando no pasa nada, estoy en lo de siempre; cuando sucede una emergencia, participo".

Pensar que los únicos organizados en nuestro país, que pueden hacer frente a estas eventualidades, como de hecho lo hicieron, sean los militares; es cerrar la puerta a un proceso que se presenta rico en oportunidades y participación. Si antes del 15-d estábamos divididos en dos bandos, y ante la emergencia logramos articularnos bellamente en un mismo fin, ahora no podemos poner lo público y lo político en manos única y exclusivamente de los militares. El llamado a la reconstrucción es un llamado a las organizaciones existentes. Es un llamado a organizarnos.

En el caso del Pueblo de Dios es un llamado "a deponer la ira y a un partir nuestro pan con la sonrisa de inevitable cercanía hacia aquéllos con quienes compartimos lo que se nos ha dado gratuitamente". El damnificado es aquel rostro, "que nos permite entrever lo que podría ser un encuentro entre personas para quienes la luz que las congrega viene de Dios, y para quienes las cosas que comparten son ya de todos, mejor dicho, son de él, que nos la da a todos".

Cuando ninguna razón valga, Él todavía vendrá de nuevo

"¿Dónde está Dios?" es una pregunta que hunde sus raíces en la Biblia misma, Palabra de Dios y palabra de los hombres. Dos son los grupos de personas que se interrogan por la presencia de Dios en las Sagradas Escrituras: los enemigos de la fe y del pueblo (Joel 2,17; Salmo 42,11; 79,10; 115,2). La respuesta es obvia: "Dios, no está con nosotros. Es tal la deuda que le debemos, que el único modo de saldarla es con la propia vida, con el sufrimiento y con la muerte del inocente".

El segundo grupo que se pregunta por la presencia de Dios son los creyentes (Salmo 89,47-50; Jueces 6,13; Isaías 63,11-16). El Señor responde personalmente con su presencia en los que sufren: es el Dios crucificado para un mundo que sigue estando crucificado. Dios responde como el Dios solidario,

que anima al pobre y lo invita a la participación. "El dolor compartido siempre es menos pesado".

"¿Dónde está Dios?" es asimismo una pregunta vinculada a la existencia del mal (Malaquías 2,17; Jeremías 2,5-6). Que el mal exista, y es enorme, es una realidad que hemos vivido y que seguiremos viviendo. En tal sentido, querer dar una respuesta satisfactoria al por qué del mismo es una pretensión muy grande. Lo que sí podemos afirmar con todas las fuerzas es que ninguna pasividad ante el mal en nombre de Dios puede tener su origen en aquel que nos ha venido a traer vida, y vida en abundancia. El Dios iracundo, vengador y sádico, no es el Dios de Jesús, y, en consecuencia, no es el Dios de los cristianos. El Dios de Jesucristo nos llama a "vencer el mal a fuerza de bien".

Por último, la pregunta por la presencia de Dios, nace del deseo de buscar a Dios (Job 35,9-12). Es una interrogación honda, preñada de fe. Se trata de la experiencia sobre el conocimiento y la experiencia de Dios. La fe adulta no teme plantearse la cuestión, porque lo más importante ya está salvado: la confianza en Dios Padre.

"¿Dónde está Dios?" es una pregunta legítima, que arranca de la contemplación del comportamiento histórico de Jesús, tratando de percibir y explicitar el marco de comprensión trascendente de su vivir y actuar. Es una pregunta que nace de la contemplación de los signos de los tiempos marcados por el testimonio de Dios, e intenta profundizar en este testimonio divino y de explicitarlo como "razón iluminada por la fe".

Cuando ninguna razón valga, Él todavía vendrá de nuevo. Y vendrá de último, después que todos los grandes hayan desfilado, pues el Señor no sólo es el primero, sino "el último" (Apocalipsis 1,8); el que viene en el silencio para dar consuelo a los desesperados, "haciendo nuevas todas las cosas" (Apocalipsis 21,5). "Deus semper maior. Deus semper minor".

LUIS OVANDO HERNÁNDEZ
Jesuita